

Y se arrodilla devoto  
Adorando la Hostia Santa.

«Corría al través del valle,  
Entre los juncos y zarzas  
Que sus márgenes coronan,  
Arroyo de turbias aguas.

«El sacerdote en la orilla  
Detiene un punto su marcha;  
Recoge el talar vestido  
Y sus pies luego descalza.

—«¿Qué váis a hacer?— dijo el conde,  
No sin sorpresa mezclada  
De respeto. —A un moribundo  
Llevo el manjar de las almas.

«La recia avenida el puente  
Destruyó en la madrugada:  
Voy a atravesar el río  
Por esta parte más baja.

«Su caballo el conde acerca  
Y hace con dignas palabras  
Que lo acepte el sacerdote  
Y parta en él sin tardanza.

«Mientras, el noble piadoso,  
Con agilidad extraña,

El potro del paje monta  
Y en pos de fieras se lanza.

«Llama el cura a su castillo  
A la siguiente mañana;  
El corcel consigo lleva;  
Las riendas de seda y plata

«Pone en las manos del noble  
Y agradecido le habla;  
Mas éste dice al instante:  
—No quiera Dios que en la caza

«Vuelva a usar irreverente  
O en el campo de batalla  
Palafrén que ha conducido  
Tan alta y divina carga.

«Si guardarlo no queréis  
Para vos en vuestra cuadra,  
Empleadlo en el servicio  
Del culto en estas comarcas.

«Yo a mi Criador le ofrezco  
Por quien tengo dichas altas,  
Salud, riquezas, honores,  
Cuerpo, aliento, vida y alma.

—«El Sér Supremo que escucha  
Del mendigo la plegaria,

En ésta y en la otra vida  
Os dé merecida paga.

«Sóis un señor poderoso  
Conocido en las montañas  
Por vuestra bondad: seis hijas,  
Tipo de belleza y gracia,

«El cielo os dió. ¡Puedan ellas  
Traer un día a vuesta casa  
Seis coronas cuyo brillo  
Dure en épocas lejanas!»

El cántico escucha Rodolfo; su frente  
Se inclina hacia el pecho; pensó vagamente  
En cosas y días de un tiempo que fué.  
Con ojos atentos al bardo examina,  
La luz del recuerdo su mente ilumina,  
Y en él al ministro católico ve.

Conmuévase entonces hallando el sentido  
De aquesas palabras que ya se han cumplido,  
Y lágrimas dulces inundan su faz:  
Y miran los nobles en este monarca  
Que cetros, coronas y dichas abarca,  
Premiada del conde la antigua piedad.

## HONREMOS A LAS MUJERES.

(SCHILLER)

Déspota y rudo el hombre se despeña  
De una y otra pasión en el torrente:  
Quiere lograr cuanto codicia o sueña;  
Lo que consigue asir rompe impaciente.

De afán y desconsuelo es hondo abismo  
Y a ternura y amor estéril roca:  
Contradicción cabal lleva en sí mismo  
Entre lo que practica y lo que invoca.

O en la fuerza brutal su imperio funda,  
O a ella se rinde en ocasión adversa,  
Con fiero orgullo o abyección profunda,  
O escita vencedor o esclavo persa.

Mas la mujer, bajo el materno amparo  
En el tranquilo hogar crece y se forma,  
Y a su precoz entendimiento claro  
El cielo es fin y la virtud es norma.

Ella del mundo en la espinosa hierba  
 Mezcla rosas, y calma los tormentos  
 Y dulcifica al hombre: ella conserva  
 El fuego de los nobles sentimientos.

Hija sencilla y fiel de la natura,  
 Arpa que al viento da mística nota,  
 Sabe endulzar la ajena desventura,  
 Su ardiente caridad jamás se agota.

En su beldad, en el sentido tono  
 De su voz melodiosa, en la divina  
 Virtud de su alma noble, erige el trono  
 Desde lo alto del cual manda y domina.

De su bendito sér con el encanto,  
 Del vicio aparta, extingue la discordia:  
 Son su escudo el amor, su fuerza el llanto,  
 Su triunfo la cultura y la concordia!

## LAS CIGÜEÑAS DE IBICO.

(SCHILLER)

La Grecia toda a competir aspira  
 De carros y de lira  
 En la ardua lid a que invitó Corinto:  
 Y entusiasmado un noble hijo de Apolo,  
 Toma el báculo y, solo,  
 De su hogar y ciudad deja el recinto.

Lleno de inspiración y de esperanza,  
 Ya mira en lontananza  
 El monte a cuyo pie sus pasos guía:  
 Y le acompañan, del espacio dueñas,  
 Volando unas cigüeñas  
 En busca del calor del Mediodía.

«¡Bien hayáis, aves que venis conmigo—  
 Dice— en pos del abrigo  
 De otra región feliz que amo y venero

Y apresta a mi corona sus laureles!  
 ¡Permanezcamos fieles  
 A quien libra de daño al extranjero!»

Mas cuando Ibico al bosque último entra,  
 So las frondas se encuentra  
 A merced de dos fieros asesinos.  
 La que pulsa las cuerdas blanda mano  
 Esgrime el arma en vano,  
 Y no hay gente en el bosque y sus caminos.

Grita y nadie le oyó. «¡Destino fiero!  
 En tierra extraña muero  
 A manos de bandidos, cielo santo!  
 Sin que a vengar mi muerte nadie llegue,  
 Y sin tener quien riegue  
 Mis insepultos huesos con su llanto!»

Cae, y aunque verlas ya, débil, no pudo,  
 Oyendo el grito agudo  
 De las cigüeñas que se alejan, clama:  
 «Si de testigo humano se redimen  
 Los malvados, su crimen  
 A denunciar el moribundo os llama.»

Del bosque fué el cadáver levantado,  
 Y aunque desfigurado  
 Con una y otra herida, en sangre tinto,  
 Ser el de Ibico descubrió al momento  
 El amigo que atento  
 Le aguardaba de huésped en Corinto.

«¿Es así, exclama, como vuelvo a verte?»  
 Ante el despojo inerte,  
 Ya su dolor e indignación pregona  
 El pueblo que de Ibico oyó la fama  
 Y a los poetas llama  
 Del canto a discernirles la corona.

Llena la inmensa turba el Pritaneo,  
 Y a gritos su deseo  
 De castigo y venganza expresa ruda.  
 Mas ¿quién fué? ¿Dónde hallar al asesino?  
 Caprichoso el Destino  
 Con la ignorancia universal le escuda.

Quizá impune en Corinto se pasea,  
 Y en la misma asamblea  
 Se burla de los hombres y del cielo:  
 O ya al teatro acude con la gente,  
 Que va como el torrente  
 Que recobró su curso, roto el hielo.»

Pronto el pueblo febril llena las gradas  
 Tendidas y apretadas,  
 Y cruje la columna casi rota  
 Sosteniendo la grave pesadumbre,  
 Y alza la muchedumbre  
 Rumor como el del mar si se alborota.

Allí mezclada en confusión ingente  
 Se halla la varia gente  
 A quien ley y distancia y clima aparta,  
 Y que del Asia o de las Islas vino,  
 O se puso en camino  
 Procedente de Tebas o de Esparta.

Oye del coro lúgubres cantares:  
 Negras ropas talaes  
 Las Euménides llevan: en sus frentes,  
 Al resplandor de la empuñada tea,  
 Erízase u ondea  
 Cabellera de indómitas serpientes.

Del fondo de la Escena se adelanta  
 Y la recorre, y canta  
 El espantable coro: «¡Una y mil veces  
 Feliz quien no ha perdido la inocencia,  
 Ni su limpia existencia  
 Dejó manchar del crimen con las heces!

«Y maldición y muerte al homicida!  
 Tasada está su vida:  
 Ni ha de burlar la vigilancia nuestra;  
 Y hasta en el reino de las sombras mismo  
 Y a su más hondo abismo  
 Le seguiremos con segur siniestra!»

Las Euménides callan, y se advierte  
 Silencio allí de muerte,  
 Como el que reina en las temibles calmas  
 Del huracán y el rayo precursoras:  
 Deidades vengadoras  
 Forjando están las conmovidas almas.

De pronto, en indecible sobresalto,  
 Desde el lugar más alto,  
 Clama una voz involuntaria: «¡Mira  
 Las cigüeñas de Ibico, Timoteo!»  
 Y el resplandor febeo  
 Van las aves nublando en ancha espira.

¡Ibico! ¡El dulce bardo asesinado!  
 Pero ¿quién le ha nombrado?  
 Cambia el pueblo entre sí voces y señas.  
 ¿Alguien ha presenciado el lance triste?  
 ¿Qué relación existe  
 Entre el difunto Ibico y las cigüeñas?